

SANTIAGO RUSIÑOL, autor de «El Místico» (Fot. Kaulak)

EL MÍSTICO

DRAMA EN CUATRO ACTOS. EN PROSA, ORIGINAL DE SANTIAGO RUSIÑOL, TRADUCIDO DEL CATALÁN POR JOAQUÍN DICENTA, ESTRENADO EN EL TEATRO DE LA COMEDIA

Con los pinceles y con la pluma, que maneja con igual maestría, Santiago Rusiñol es el artista de la tristeza melancólica. Más que el exterior de las cosas busca en el alma de ellas la inspiración para sus cuadros y sus comedias y puede asegurarse que con su exquisita sensibilidad acierta á encontrar vida y á prestarle caracteres de sentimiento, no solo á los seres, sino á las cosas inanimadas.

En sus paisajes solitarios y tristes la luz habla, la



JORGE Sr. Sala | D. ANDRÉS Sr. González | RAMÓN Sr. Borrás | EL SECRETARIO Sr. González | SRA. FRANCISCA Sra. Caro | EL OBISPO Sr. Balaguer (Fot. Alfonso)

«EL MÍSTICO».—ACTO PRIMERO

tierra y los árboles hacen sentir, parece que tienen expresión, que los anima un soplo de vida. En sus comedias conmueven tanto los personajes como el escenario sin vida en que los coloca, y como los mismos objetos con que los rodea. Aun cuando Rusiñol no fuese un gran dramaturgo, bastaríale con ser un gran poeta para conmover al auditorio.

El patio azul, *La alegría que pasa*, impresionan más hondamente que por la lucha de pasiones humanas que en ellas se libra, por el ambiente melancólico de que están impregnadas y que hacen respirar la psicología de las figuras y los mismos accesorios que sirven de ornamento al cuadro en que se mueven.

Con *El Místico* pasa igual; *El Místico* es el drama de un alma que en lucha con las impurezas sucumbe y el ambiente en que ese alma se agita contribuye tanto á la emoción estética, como el propio sentimiento que mueve al personaje que la encierra.

La humilde rectoría de un pueblecillo de la montaña, es el escenario en que el drama comienza á desenvolverse.

Con el pacífico y virtuoso rector, encanecido en la cura de almas y con la hermana de éste, que toca también en los linderos de la ancianidad, viven dos jóvenes: Ramón y Marta, sobrinos ambos del sacerdote.

Ramón es hijo de la hermana del rector y Marta es huérfana.

Unidos desde la niñez, Marta y Ramón se profesan cariño de hermanos que en la adolescencia se convierte en amor. Pero víctimas de distintos temperamentos que determinan opuestas aspiraciones, en tanto que Marta sueña con los goces terrenos que se cifran en el hombre elegido de su corazón, como suprema felicidad de la vida, el joven experimenta una vocación irresistible que le llama á consagrar su existencia á la religión, haciéndole ver en el amor divino la suma ventura.

La visita del obispo de la diócesis á la humilde rectoría acrecienta los místicos afanes del muchacho y las palabras del Evangelio en boca del ministro de Dios convierten sus anhelos en fervores incontrastables, de los que no llega á hacerle desistir el puro amor que profesa á Marta, puesto que limpio de impurezas terrenales no ha de ser un obstáculo para la realización de sus sueños.

Para la joven, que no participa de estas exquisiteces del sentimiento místico y que en el amor sólo ve la unión dichosa de dos seres en cuerpo y alma, en carne y en espíritu, que no acierta á establecer la separación, ni puede alcanzar á sentir el amor en otra forma que en la que la humanidad la ha dado, la decisión del joven constituye el derrumbamiento de la felicidad soñada, que trae como consecuencia precisa la desventura irreparable.

Cediendo á los impulsos de su temperamento, Marta, al renunciar al amor que cifraba en el joven, sueña con otro amor como su espíritu lo desea, como su mente lo forja y lo concibe, y su corazón lo ne-

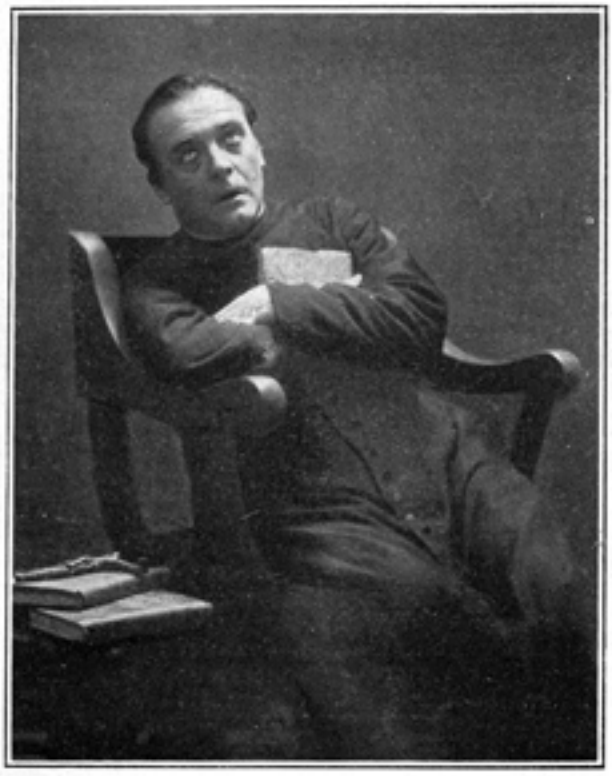


ESCENA FINAL DEL ACTO PRIMERO (Fot. El Teatro, por Campúa)

cesita. Marta sucumbe á las ansias de amar y ser amada, ansias insaciables que necesitan su alimento. Ella ha nacido para ser la esposa apasionada y la madre feliz y el destino, oponiéndose á los nobles afanes que persigue, después de arrebatarle la primera ventura con que soñó, arrebátale también la que adoptara como refugio de sus desilusiones y sus tristezas.

En el segundo acto Ramón es sacerdote, y de Marta se sabe que huyó de la aldea en busca del amor que ansiaba y que creyendo haberlo encontrado, había caído en los brazos de un hombre que después de gozar las dulzuras de las primeras caricias de la joven la abandonó con el fruto de aquellos efímeros amores, triste realidad de los sueños venturosos de la muchacha.

El padre Ramón es el prototipo del sacerdote cristiano que, inspirándose en las predicaciones de Jesús, todo lo sacrifica al bien ajeno. Su personalidad, sus afectos, sus necesidades, todo, en fin, se anula en él ante el deseo de mejorar la suerte de los otros. Vive con humildad rayana en la pobreza, porque lo poco que posee lo reparte entre los menesterosos, sus hermanos. Su conciencia no se mancha siquiera con el egoismo de consagrar á sí un solo pensamiento. El no vive más que para sus semejantes y por ellos se encuentra dispuesto á todo.



PADRE RAMÓN
Sr. Borrás (Fot. Kaulak)

Desgraciadamente su alma generosa vive así en un aislamiento absoluto; en una lucha constante contra el egoismo de los demás. No solamente no son como él las ovejas cristianas, ni siquiera practican los preceptos del maestro los que ejercen de pastores del rebaño. La amargura que el convencimiento de esta realidad le produce, no determina el decaimiento de su espíritu ni la tibieza de su fe y de sus energías, no logra hacerle vacilar un punto, pero sí ocasiona la dolencia moral que pronto ha de convertirse en dolencia física. Su corazón, lacerado por la lucha, enferma.

No deja de contribuir á este efecto la interpretación que á su caridad sublime, á su magnanimidad



MARTA
Sra. Pino

EL PADRE RAMÓN
Sr. Borrás

(Fot. Alfonso)

«EL MÍSTICO»—ACTO TERCERO

incomparable, dan cuantos le rodean. Miguel, un infeliz obrero que por celos cometió un crimen y purgó en la cárcel su delito, al salir de ella y encontrarse desamparado le pide protección, y Marta, abandonada por su amante, también le pide auxilio. El cuenta con la caridad humana para prestárselo á ambos, pero al encontrarse con que el egoismo de los que dicen practicar las doctrinas de Cristo se lo niega, resuelve compartir con ellos su casa y su alimento.

Lejos de comprender la sublime intención que guía al sacerdote, la maledicencia clava en él sus dientes y hasta el propio obispo reprueba su conducta, incapaz de juzgar la santidad de sus propósitos.

A aumentar la amargura que esto produce en el ánimo del sacerdote contribuye su propia madre, que no participando de los sentimientos de su hijo, incapaz de comprender su abnegación, censura su conducta, que llega á parecerle incomprensible cuando averigua que Miguel y Marta se quieren.



EL PADRE RAMÓN
Sr. Borrás

En efecto, los dos jóvenes, cediendo á las vehemencias de su temperamento juvenil, experimentan la atracción irresistible que pronto ha de trocarse en amor profundo. Ellos no creen que este amor ofenda á su generoso protector: no así la madre de éste, quien, juzgando que con él profanan la santidad del hogar en que encontraron un refugio, pretende que su hijo arroje á Marta de la casa, decidiéndose á abandonarle cuando él, con la firmeza del que al cumplir con su deber no vacila en sacrificarse, se niega á lo que su madre pretende.

Como si aún este dolor no fuera bastante á probar la fortaleza del mártir, aún le reserva el destino otro nuevo.

El secretario del obispo se presenta en su casa para decirle que su ilustrísima no aprueba la

protección de que hace objeto á la joven y aconsejándole que procure no dar motivo á la murmuración; hácele comprender que, no creyendo en su abnegación, atribuye á torpes motivos lo que, en realidad, es una prueba de su grandeza de alma.

Resuelven el conflicto Miguel y Marta, quienes, noticiosos de lo que ocurre, deciden marchar, dejando solo al sacerdote cuya virtud no es comprendida y cuya soledad abatiría al fin su espíritu, si al fijar los ojos desencajados en la imagen de Jesús no viera en sus brazos abiertos el consuelo de todas sus tribulaciones.

Pero las penas agravan la dolencia moral que sufre el padre Ramón y determinan el agotamiento de sus energías físicas, y al fin sucumbe, no sin gozar en el terrible trance la ventura de ver á Marta junto á él, á la pobre Marta que tampoco ha conseguido esta vez la felicidad, puesto que el hombre en quien la cifraba ha muerto en defensa de sus ideales libertarios, dejándola doblemente desamparada, puesto que ya no podrá prestarle consuelo la virtud sublime del sacerdote.

A grandes rasgos este es el asunto de *El Místico*. Como se ve, este hermoso drama de Rusiñol no desmiente el temperamento artístico que caracteriza todas las obras del insigne pintor y dramaturgo.

La traducción que Joaquín Dicenta ha hecho es primorosa y ha merecido entusiastas elogios del público y de la crítica.

Enrique Borrás, el gran actor que por sus extraordinarios méritos se ha conquistado en el arte, en brevísimo espacio de tiempo, uno de los primeros puestos, hace en *El Místico* una de sus más geniales creaciones.

La figura del padre Ramón tiene en Borrás un intérprete perfecto, acaso porque el actor ha podido estudiar el personaje del natural y seguramente porque ha sabido identificarse con su manera de ser con la intuición y el sentimiento artístico que constituyen la característica del notable comediante.

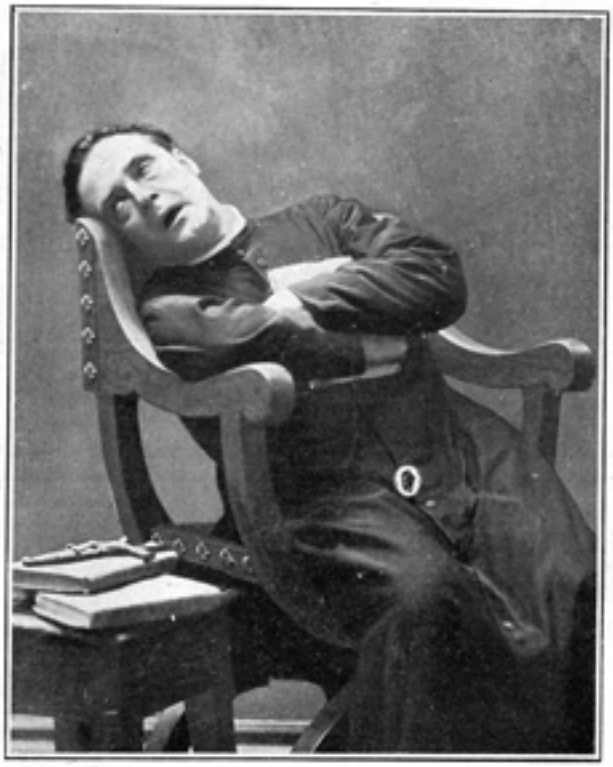
En toda la obra convence y hace sentir, pero donde sus facultades verdaderamente prodigiosas causan asombro es en el tercer acto, cuando enfermo de corazón, herido de muerte, muestra el abatimiento de su cuerpo vencido por la enfermedad en lucha heróica con su espíritu invencible.

En el momento de la agonía y en el de la muerte no puede pedirse mayor perfección.

Aquella dramática escena, hecha primorosamente por Borrás, impresionó á los espectadores profundamente.

Rosario Pino dió al papel de Marta toda la sensibilidad y delicadeza que requiere el personaje. Sustituida después por la Sra Roca, tuvo ocasión esta distinguida artista de probar sus excelentes condiciones, que la han hecho acreedora á los más calurosos elogios.

Trabajando con el esmero que distingue á los artistas de la Comedia, puede afirmarse que cuantos han tomado parte en la interpretación de *El Místico* han contribuido á ofrecer un conjunto excelente.



ESCENA FINAL.—LA MUERTE DEL PADRE RAMÓN
(Fot. Kaulak)

Balaguer, en el tipo del Obispo, convenció al auditorio por la figura irreprochable, por la actitud y por la dicción. Supo dar al personaje la dignidad propia del cargo, sin llegar al énfasis frecuente en otros cómicos, que le hubiera restado la naturalidad con que lo interpretó.

La Sra. Caro hizo con sumo acierto el papel de la madre del sacerdote, ganando un nuevo y señalado triunfo en su carrera de artista.

José Vico, en el libertario Miguel, estuvo sobrio y discreto. González dió gran relieve al secretario del Obispo, y los Sres. Lliri, Gonzálvez, Mora y Sala, en los papeles de el padre Juan, don Andrés, el campanero y el poeta merecieron también sinceras alabanzas.

La dirección artística de la Comedia ha puesto la obra con exquisita propiedad.

El estreno de *El Místico* puede considerarse, pues, como uno de los acontecimientos literarios más importantes de la temporada actual, no solamente por tratarse de una obra de verdadero mérito, sino también por haberse ofrecido con los honores que le correspondían.

E. CONTRERAS Y CAMARGO